

Pablo Guadarrama González Filosofía, Modernidad y Globalización ¹

Pablo Guadarrama Gonzalez:
Philosophy, Modernity and Globalization

Lisbeth AMAYA, Karina NAVARRO

Escuela de Filosofía. Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela.

RESUMEN

En esta entrevista el filósofo cubano Pablo Guadarrama González, nos da su opinión personal y política sobre las principales características, siempre conflictivas y contradictorias, de un tiempo histórico que está en curso de grandes cambios y transformaciones, que aún puede ser entendido como un proceso social e histórico en el que los seres humanos, contra toda ideología escatológica, siguen siendo los protagonistas. Una nueva comprensión, todavía crítica y dialéctica, propone Guadarrama desde el punto de vista del humanismo práctico y de las tesis marxistas sobre la alienación, mucho mejor interpretadas ahora cuando el dominio tecnológico de la hegemonía neoliberal ha globalizado el planeta.

Palabras clave: América Latina, globalización, modernidad, marxismo.

ABSTRACT

In this interview the Cuban philosopher Pablo Guadarrama Gonzalez offers us his personal opinion and political thought in reference to the principal characteristics, which are always contradictory and conflicting, of this historical moment of great changes and transformations, and which can still be looked upon as a social and historic process in which human beings, contrary to all the scatologic ideologies, are still the protagonists. A new understanding, critical and dialectic, is proposed by Guadarrama from the perspective of practical humanism and the Marxist thesis of alienation, which is even better understood now in the face of the technological dominion of neoliberal hegemony that has globalized the planet.

Key words: Latin America, globalization, modernity, marxism.

Recibido: 02-05-2000 • Aceptado: 23-06-2000

¹ Una versión parcial de esta entrevista fue publicada en la serie *Pensadores Iberoamericanos* (Vol. XVI), en el suplemento cultural *Signos en Rotación*, del diario "La Verdad" de Maracaibo (Zulia-Venezuela), dedicado a este filósofo latinoamericano, bajo el título *Pablo Guadarrama G: Marxismo, humanismo práctico y liberación* [nº. 131, 22 de octubre], 2000.



Dr. Guadarrama ¿de qué manera ha influido el sistema político social de su país en el desarrollo de su pensamiento?

Yo diría que de una forma decisiva. Efectivamente, nací en Cuba en una familia de obreros tabacaleros con muy escasos recursos para que un hijo pudiese estudiar en la Universidad. Al triunfar la Revolución Cubana en 1959 yo tenía unos nueve años de edad. Y dos años más tarde me incorporé a la campaña de alfabetización. Enseñé a leer y escribir a algunos campesinos que por su edad podían ser mis abuelos. Allí, desde el campo percibí lo que significaba para ellos la Reforma Agraria y el proceso de dignificación de sus personas, especialmente por la atención a su salud, la educación, etc. A partir de ese momento comencé a comprender la justeza y el humanismo que inspiraba al proceso revolucionario cubano.

Creo que eso marcó desde un inicio mi orientación ideológica. Los estudios universitarios en Cuba y el trabajo social como estudiante en una época de fuerte confrontación política fue confirmando y consolidando teóricamente mis convicciones de que el capitalismo no había resuelto los principales problemas elementales de la mayoría de la población de mi país y dudaba mucho que los resolviera en caso de restaurarse, si destruía aquella revolución de carácter socialista. Ahora bien, yo no pienso que haya sido exclusivamente el sistema político social de mi país el que ha influido en mi pensamiento, pues desde los veinte años comencé a conocer otros países y otros sistemas político sociales. Primero el de la entonces existente República Democrática Alemana, donde realicé mi primer doctorado en filosofía en la Universidad de Leipzig. Yo pienso que tanto la experiencia de los estudios en Alemania, como las continuas y a veces prolongadas estancias en varios países latinoamericanos me han permitido conocer, incluso mucho mejor que durante mi infancia, la lógica de los mecanismos de la sociedad capitalista y el tipo de ser humano que ésta genera. A todo esto se añade la percepción que tuve de los cambios que se fueron produciendo en el mundo en la última década del siglo XX desde la perspectiva de un proyecto socialista amenazado de desaparecer según los vaticinios de muchos al producirse el derrumbe del socialismo soviético y de Europa oriental.

Al convivir con un pueblo como el cubano, que se resiste a dejarse aplastar y perder las conquistas de dignificación humana logradas en tantos años de lucha y al valorar la situación de la mayoría de la población latinoamericana, que es sobre la cual mejor puedo hablar, - aunque parece que la de algunos países africanos y asiáticos es mucho peor-, esto me ha servido para reconfirmar mi, por supuesto discutible, criterio, de que el capitalismo es una sociedad inhumana e injusta y, pienso, que no podrá jamás ser el paradigma futuro definitivo de la humanidad, al menos a partir de la hasta ahora conocida experiencia del "capitalismo realmente existente" y no del ideal de muchos discursos y formulaciones teóricas.

Una de las características del saber filosófico es abordar la realidad desde una totalidad para trascenderla. Usted, que es un filósofo, ¿cómo explicaría esa comprensión de la realidad en el pensamiento latinoamericano, que en general se ha caracterizado por ser un pensamiento antihegemónico?

Si desde joven decidí dedicarme a cultivar la filosofía fue precisamente por esa permanente intención de abordar la realidad en su totalidad, aun cuando siempre esa totalidad debe ser dinámica y concreta para evitar la especulación estéril. Es decir, la filosofía que no se nutre tanto del saber anterior y presente acumulado por la humanidad, a la vez que de la realidad social que la circunda en lo inmediato y lo mediato, se esteriliza. Pero esa actitud comprensiva tampoco puede limitarse a la satisfacción hermenéutica, aunque esta función interpretativa de la realidad ha sido y será siempre consustancial al saber filosófico, como ustedes mismas formulan en la pregunta, es para trascender la misma, es decir se enjuicia la realidad para intentar transformarla, es decir, superarla, perfeccionarla.

El pensamiento latinoamericano no es una excepción, por el contrario confirma la regla. En su desarrollo observo una tendencia de proyección humanista y desalienadora, que por supuesto no se pone de manifiesto en todas las épocas y corrientes de la misma forma e intensidad, pero en sentido general está presente. Y en tal sentido ha sido básicamente antihegemónico, aunque no dejan de existir algunas manifestaciones de xenofilia en algunas ocasiones como en algunos representantes del positivismo decimonónico o del postmodernismo contemporáneo. Pero ese carácter antihegemónico se corresponde con la especial circunstancia de dependencia socioeconómica y política en que han vivido nuestros pueblos, de la cual han tomado conciencia nuestros pensadores más auténticos y por eso

sus ideas han desempeñado una función emancipatoria y contribuido a la fermentación ideológica de las transformaciones desde el período de la independencia hasta nuestros días.

Las ideas filosóficas que se han cultivado en América Latina no han sido concebidas para cumplimentar planes de estudios académicos o satisfacer la erudición de elites intelectuales. La intención de los más significativos pensadores latinoamericanos ha sido abordar su realidad, concebir su época teóricamente, para contribuir a su renovación en una praxis en la que la cultura latinoamericana obtenga su adecuado reconocimiento, es decir sin regionalismos chovinistas, ni tampoco complejos de inferioridad.

En la actualidad, la negación del marxismo, más que una postura teórica o política, es un pacto de silencio. ¿Es factible la reivindicación del marxismo? ¿Qué otra vía de desalienación es posible en la modernidad o en la llamada postmodernidad?

No es la primera vez en la historia que posturas filosóficas de contenido humanista han pretendido ser borradas de la historia al considerárseles utópicas y alejadas de la naturaleza egoísta del hombre. Al marxismo se le ha querido identificar exclusivamente con la culpabilidad del fracaso de algunos de los experimentos socialistas de este siglo que se despide. Se busca un chivo expiatorio y se intenta encontrar fácilmente más en los postulados ideológicos que en las formulaciones teóricas del marxismo. Se ignora el valor epistemológico, metodológico, etc., de una teoría que ha sido útil y hasta incluso reconocida es esos aspectos por muchos que la critican al discrepar de sus intenciones sociopolíticas. Yo soy del criterio, y lo he expresado en algunos de mis libros, de que las filosofías no se reducen a patronímicos ni a gentilicios, por tanto la filosofía no es en sí ni aristotélica, ni tomista, cartesiana, hegeliana, marxista, o foucaultiana, es sencillamente filosofía, del mismo modo que no es ni griega, romana, alemana o mexicana.

Otro asunto es el papel que han desempeñado determinados pensadores, países o culturas en su desarrollo. Por tanto no se trata de reivindicar el marxismo por el marxismo, como nuevo *ismo*. Más bien de lo que se trata es de rescatar el posible núcleo duro, siguiendo la epistemología de Lakatos, del marxismo, como continuidad de la trayectoria humanista, desalienadora, auténtica, dialéctica y práctico-revolucionaria que esta doctrina contiene. Sartre sostenía que el marxismo desaparecería cuando desaparecieran las circunstancias que lo hicieron aparecer y Fukuyuma plantea que si mejoraran las condiciones de vida de los pueblos latinoamericanos los marxistas no tendrían nada que hacer. Me parecen muy atinadas ambas conclusiones, aunque no hayan sido formuladas precisamente por marxistas. En cuanto a la segunda pregunta yo pienso que la modernidad ha elaborado premisas muy favorables para promover la superación de determinadas formas de alienación que vienen desde la antigüedad y el medioevo, pero a la vez ha engendrado nuevas formas de alienación. Del mismo modo la crítica postmoderna a las insuficiencias de la modernidad no significa que se imponga la superación de todas las formas históricas posibles de alienación. Estas al ser históricas, por supuesto que son superables, a la vez que hay que reconocer que hacen posible la aparición de nuevas expresiones de la enajenación humana.

Esa es, a mi juicio, una tendencia general del proceso de humanización de la humanidad que es inacabable y sólo posibilita al hombre en determinados momentos de su ascendente trayectoria desalienadora mirar atrás y apreciar los progresos que ha logrado y luego mirar hacia delante y justipreciar los nuevos obstáculos que algún momento tendrá que enfrentar para abatirlos.

¿Por qué usted dice que es el momento de asumir una actitud moderna ante la postmodernidad?

Claro, que se debe asumir una postura moderna tanto ante la modernidad como ante la postmodernidad, pues ninguna parece que ha cumplimentado los paradogmas de libertad, igualdad, fraternidad, tolerancia, secularización, enriquecimiento de la subjetividad, etc., que han preconizado. En América Latina como en muchas otras partes del mundo incluso en determinados espacios y sectores sociales de los países desarrollados la modernidad da síntomas que se ha malogrado. No ha podido desplegar todas sus potencialidades. Nada hacemos con lamentarnos solamente de este fenómeno. Tenemos el deber de pararnos en los pilares básicos construidos o reconstruidos por la modernidad

como la democracia para perfeccionarlos, remodelarlos evitando posiciones escépticas o nihilistas que nada contribuyen al enriquecimiento del desarrollo social.

Por supuesto, en unos países es más necesario y más difícil que en otros porque las estructuras premodernas y las condiciones de vida infra-animales de algunos grupos sociales, que no siempre son minoritarios, constituyen un lastre muy pesado para que aflore plenamente la modernidad. Pero hay que hacer todo lo posible, por medio de todas las vías para lograr el completamiento y el triunfo de la modernidad.

Usted señala con frecuencia que lo que caracteriza a la modernidad—entre otras cosas— es “la admiración por los pilares de la civilización occidental y el culto a la razón”. Mientras que la posmodernidad se caracterizaría, por la “insatisfacción de la satisfacción moderna.” ¿Qué rol le atribuye usted a los individuos en cuanto actores de los procesos históricos y sociales? ¿Van acaso hacia la indetenible deshumanización moderna y el escepticismo postmoderno, de modo insalvable?

Más bien, pienso todo lo contrario. Soy un terco optimista, porque pienso que la historia mirándola retrospectivamente nos ha enseñado a serlo. Si hasta el presente observamos una tendencia progresiva de su evolución, no tengo argumentos para sostener que de ahora en adelante será totalmente distinto y el ser humano se dirige fatalmente a un holocausto apocalíptico en todos los sentidos. La modernidad enseñó al hombre a cultivar la razón y rendirle culto. Esa es una de sus conquistas. Luego aparecieron suficientes argumentos para pensar que no todo se reduce a lo racional en el ser humano y hay suficientes elementos de corte emotivo, sentimental, erótico, volitivo, pasional, etc., que no se pueden desestimar en el desarrollo humano. Pero tal reconocimiento no implicó que se lanzara la razón al pipote de la basura. Se reconocieron sus límites, pero también sus posibilidades. Algunas actitudes postmodernas se han cuestionado con razón, la satisfacción de la modernidad, pero las alternativas que han planteado no siempre han resultado alternativas de perfeccionamiento social, pues en su lugar han propiciado posturas escapistas, nihilistas, contemplativas e individualistas y de renuncia a la gestión social para el perfeccionamiento de la modernidad maltrecha.

Por otra parte, los procesos de la modernización en el terreno productivo desde la revolución industrial, es cierto, que han fomentado procesos alienatorios, como los que se han observado en la llamada sociedad de consumo, pero también es cierto que la mayor parte de los productos del trabajo humano son culturales y no siempre excrecencias sociales. La industrialización de la vida moderna, la cibernización, el incremento de los medios de transporte, las mejoras de la calidad de vida que traen los artículos electro-domésticos, etc., pueden convertirse en fenómenos alienantes cuando el ser humano no es culto y por tanto no domina sus condiciones de vida por medio de ellos. Pero es culto y por tanto posee mayores grados de libertad, de opción, no tiene nada que temer a la robotización de la industria, y a la informatización incluso de su vida doméstica. La condición de mayores o menores niveles de humanización no se lo dará el tipo de máquinas que utilice, sino las condiciones socioeconómicas y políticas en que viva y las opciones ideológicas que asuma para transformar la realidad o aniquilarla.

Nos hallamos inmersos en un proceso globalizador en el que los latinoamericanos, al igual que otros de la periferia, avanzamos voluntaria o involuntariamente, ¿qué opinión le merece este proceso y de qué manera la interculturalidad puede ser un factor de construcción o deconstrucción de la globalización?

Yo pienso que la globalización es un proceso inexorable de la historia contemporánea que gústenos o no debemos afrontar todos los pueblos con las ventajas y los riesgos que trae aparejada. La historia ha sido un proceso permanente de universalización de la cultura, en la que determinados pueblos han desempeñado papeles protagónicos mientras otros han jugado roles subalternos. En momentos anteriores de la historia el proceso de mundialización conllevó la gestación y desarrollo de relaciones económicas, políticas y culturales que alcanzaron su mayoría de edad con el despliegue del capitalismo. La globalización es una consecuencia del despliegue del proceso productivo, socio político y cultural de la sociedad contemporánea que a nuestro juicio puede resultar beneficiosa o dañina según la actitud que se asuma ante ella. Por supuesto que entre los desafíos culturales que plantea a la globalización se encuentra cierta homogeneización de las instituciones y las concepciones tanto político-ideológicas como de hábitos de consumo, costumbres, etc. Sin embargo no hay que temer a una

clonación cultural. Los pueblos saben como mantener y cultivar su identidad cultural y nacional. En definitiva este proceso de globalización puede resultar incluso más favorable que dañino si se propicia esa interculturalidad de la cual ya no puede prescindir el hombre moderno y creo que el postmoderno mucho menos, a pesar de que propugnen en ocasiones la fragmentación y la deconstrucción.

Debilitar la identidad y los valores culturales del pensamiento latinoamericano, es una de las consecuencias de las llamadas "filosofías de la sospecha". ¿Que opinión le merecen estas filosofías que basadas en presupuestos de tolerancia y pluralismo, niegan la "filosofía de propuestas" que plantea el filósofo argentino Arturo Roig?

Siempre he pensado que no existe filosofía que esté eximida de propuestas ideológicas, aunque algunas planteen estar libre de ese elemento, al considerar que son indiferentes ante lo que sucede en la realidad social. Esa es precisamente su posición ideológica, la indiferencia y por tanto la aceptación del orden social existente. La tolerancia y el pluralismo son conquistas de la modernidad que deben ser conservadas y cultivadas, pero ninguno de estos valores debe presuponer asumir posiciones de evasión o rechazar las filosofías de protesta y propuestas, porque todas las filosofías auténticas han contenido siempre de un modo u otro ambos componentes. Por lo que pudiéramos llegar a la conclusión de que la filosofía seguirá enriqueciéndose en la misma medida en que no sólo sea conciencia crítica de su época o circunstancia, sino también formuladora de nuevas utopías concretas como recomendaría Ernst Bloch. Tampoco creo que sea posible que el pensamiento latinoamericano se debilite y con el también se afecten los valores que encierra la creación cultural latinoamericana. Por muy amenazada que ésta pueda estar jamás se podrá lograr un aplastamiento de la identidad cultural y el pensamiento auténtico de estos pueblos. Existen muchas amenazas, pero también las hubo en otros tiempos y sin embargo tanto el pensamiento como la cultura en Latinoamérica han podido desarrollarse creativa y auténticamente.

¿Cuál es su concepción de la cultura? ¿Por qué postula que la filosofía de la cultura, es la "Filosofía primera". ¿Con esa afirmación usted descalifica otras partes del saber filosófico?

Para mí la cultura no es todo lo generado por el hombre o simplemente lo que se le agrega a la naturaleza. Aunque todo fenómeno cultural es un hecho social, no todo hecho social es un fenómeno cultural. Por lo tanto cultura y sociedad no pueden ser sinónimos. Si respetamos la etimología del latín al considerarse que la *agri, api* o silvicultura producirían en natura un valor, es decir un producto de carga axiológica positiva, que lo diferenciaría de lo *incultus*, entonces hay que considerar que la cultura es aquella actividad, incluyendo por supuesto el propio acto de pensar, que expresa el grado de dominio del ser humano sobre sus condiciones de existencia, que le permite con libertad elegir las mejores opciones para lograr un bien o un valor, en lugar de un antivalor o disvalor. Por tal motivo muchas veces se consideran algunos fenómenos como si fuesen culturales cuando en verdad se trata de fenómenos de contracultura o anticultura. Por supuesto que la filosofía de la cultura constituye una disciplina de gran importancia para la comprensión de múltiples fenómenos de la sociedad humana, pero ese hecho no le debe atribuir una condición de protagonismo exclusivo que sitúe en posición inferior a otras disciplinas filosóficas como la epistemología, la ética, la filosofía política, etc., sin las cuales resulta sencillamente imposible efectuar un análisis integral de la totalidad de la realidad, que en última instancia siempre se expresa de modo histórico como debe efectuar cualquier análisis filosófico serio.

Por último, soy yo el que desea expresar mi agradecimiento por el interés demostrado por ustedes en estas consideraciones nuestras, sobre estos temas y por la posibilidad de darlas a conocer en este valioso suplemento cultural *Signos en Rotación* del diario La Verdad que he podido apreciar, por los trabajos ya publicados, constituye una significativa contribución a la divulgación y al estudio del pensamiento y la cultura de nuestros pueblos.